

Lustiger afirma que todo crimen contra Israel es un rechazo de la elección y es un pecado especialmente grave para un cristiano y supone, en último término, una infidelidad a la gracia de Cristo (p. 207). El antisemitismo no es, al menos para un cristiano, una variedad de racismo, sino una blasfemia contra la promesa y la elección.

Otra idea importante para Lustiger (inspirada evidentemente en la Escritura) es la de que en y a través de Cristo el cristianismo ha accedido a las riquezas de Israel, riquezas que él enumera en una «letanía» a la que dedica un capítulo de su obra, tales como: la Historia Sagrada (no sólo como historia en cuanto tal, sino también en cuanto al sentido mismo del tiempo), la Ley, la Palabra inspirada, la plegaria de Israel con la que nosotros rezamos, la tierra, el reino, la redención y en definitiva la promesa que da título a la obra.

Por todo ello, el cristiano debe volverse con ojos nuevos hacia el judaísmo con lo que entenderá mejor y disfrutará más del sentido mismo de su propia fe. Pero también el judío debe mirar con ojos nuevos al cristianismo. Es necesaria esa «doble conversión», de modo que el cristiano reconozca de forma agradecida los dones que ha recibido de Israel y que el judío acepte gozosamente que los cristianos (a los que el judío no debe incluir sin más de forma indiferenciada en la categoría común de los no judíos o *goyim*) participan de sus tesoros y que acoja las maravillas que Dios hace en ellos. Con esa actitud Israel cumplirá fielmente su vocación universal, su destino y su elección, recordando lo que Dios ya prometió al todavía Abrán en Gn 12,3 (*con tu nombre se bendecirán todas las familias del mundo*). Con esa actitud el cristiano entenderá el sentido pleno de lo que afirma el anciano Simeón cuando levanta al niño Jesús en sus brazos: *luz para alumbrar a las naciones y gloria de tu pueblo, Israel* (Lc 2,32). Con esa «doble conversión», el judío vencerá la tentación de *encerrarse en su particularidad y vaciarla, así, de su alcance salvífico* (p. 274) y el cristiano superará la tentación de olvidarse de sus raíces y de su origen *que es garantía de su esperanza* (p. 275).

Otros muchos temas tratados en esta obra pueden ser de gran interés, tanto para el biblista (su concepción del bautismo de Juan o su interpretación del algunos textos concretos), como para el teólogo o para el interesado en el diálogo interreligioso en general o el diálogo específico entre cristianos y judíos. No podemos detenernos en ellos en una breve reseña de este tipo. Solamente debemos destacar que es éste un libro que no dejará a nadie indiferente. El coraje intelectual del autor, su valentía a la hora de afrontar cuestiones espinosas, que no rehuye ni orilla diplomáticamente, y el afecto entrañable que muestra por ambas tradiciones religiosas hacen de este librito una obra altamente recomendable para todos aquellos que quieran acercarse a ella sin prejuicios. Ojalá que libros como estos puedan servir para aceptar y asumir el reto que el mismo Cardenal Lustiger lanza en su obra: *¿Sería utópico imaginar que un diálogo positivo y amistoso entre los cristianos en cuanto cristianos, y los judíos en cuanto judíos, incite a unos y otros a dejar surgir, manteniéndose fieles a sus respectivas vocaciones, un acrecentamiento espiritual cuyos frutos son imposibles de prever?* (p. 260).—FERNANDO MILLÁN ROMERAL.

HUBBERT DEBBASCH, *L'homme de désir, icône de Dieu* (Beauchesne, Paris 2001), 289 pp.

El comienzo del Catecismo de la Iglesia Católica propone el *deseo* inscrito en el corazón del hombre como camino para encontrar a Dios. Al elegir precisamente esa

imagen y ese lenguaje, está reconociendo la importancia del deseo y lo está presentando como el medio más adecuado para atraer hacia Dios a los hombres y mujeres del Tercer Milenio.

También el libro de Hubbert Debbasch elige como punto de partida el texto de Dan 9,23 en que el ángel Gabriel llama al profeta Daniel: «*hombre de deseos*». Aunque el hebreo no permite la ambigüedad en cuanto a la interpretación del texto (Daniel es objeto del deseo de Dios), ha persistido más la lectura de la Vulgata: Daniel es un hombre de deseos que desea a Dios. Sin embargo, si el hombre desea a Dios, es porque él mismo es un icono del Dios que le desea.

El autor reconoce en el prólogo que se ha planteado el tema a partir de esos hombres y mujeres de Dios a quienes llamamos «santos» y del interrogante que plantea el origen de su energía, su dinamismo, su alegría y su fervor espiritual. Y la respuesta, que no permite uniformarlos pero sí encontrar el punto común que los reúne a todos, es la constatación de que los santos están habitados por el deseo.

En la primera parte, el estudio va interrogando y presentando textos de algunos grandes testigos de la historia de la Iglesia: Agustín, Bernardo y Tomás de Aquino. La segunda parte: «En las fuentes del hombre de deseo: el hombre deseado por Dios», analiza la figura del Profeta Oseas: su contexto histórico, su personalidad y sus características literarias. Un pormenorizado estudio lexical del texto masorético del libro de Oseas, especialmente de los términos pertenecientes al campo semántico del deseo, ofrece una base sólida a la interpretación teológica que sigue.

En el capítulo sobre «El cumplimiento de Oseas 11» aborda la relectura que realiza el Nuevo Testamento de los textos de Oseas y en la conclusión del libro: «El deseo de Dios hecho hombre» se reafirma la convicción que recorre toda la obra: es el deseo de Dios quien funda al hombre deseante.—DOLORES ALEIXANDRE.

CLAUDE GEFFRÉ, *Croire et interpréter. Le tournant herméneutique de la théologie* (Éditions du Cerf, Paris 2001), 173 pp. ISBN: 2-204-06629-X.

CLAUDE GEFFRÉ, *Credere e interpretare. La svolta ermeneutica della teologia* (Queriniana, Brescia 2002), 199 pp. ISBN: 88-399-0788-2.

Esta obra recoge un curso para alumnos de licenciatura en el *Institut Catholique* de París, centrado en la importancia del *giro hermenéutico* de la teología como eje de la razón teológica contemporánea. Frente al actual desafío del pluralismo teológico, en la segunda parte aborda también dicha cuestión, planteando que se trata de un nuevo paradigma teológico que confirma la dimensión hermenéutica de la teología y nos invita a reinterpretar la singularidad cristiana.

La tesis principal sobre la teología como hermenéutica ocupa el primer capítulo: dado que no hay saber directo de la realidad fuera del lenguaje y el lenguaje siempre es una interpretación, el giro hermenéutico confronta a la teología con sus «clásicos», los textos fundadores del cristianismo y sus interpretaciones tradicionales. La tarea del teólogo consistirá entonces en encontrar la experiencia fundamental de la salvación ofrecida por Dios en Jesucristo a partir de la gran tradición textual del cris-